

dos que hagamos en la conferencia de Orizava.—¡Magnífico! exclamó entonces él.—Y tuve el honor de que me abrazara tres veces.—¡Y querrán los comisarios ingleses? añadió yo.—Sí querrán.—Pero vd. comprende que si marchamos sobre la capital de acuerdo con el gobierno mejicano, no podemos llevar en nuestra compañía al Sr. Almonte, á quien por consiguiente habremos de mandar á Veracruz.—Eso es imposible, me contestó con tono bastante fuerte.—Me parece que ha respondido vd. con alguna precipitacion, le repuse: y él entonces me repitió:—Es imposible.

No le contesté ya, pues conocí bien sus intenciones. Sin embargo, traté de convencerle durante una y otra hora; pero no lo conseguí, pues á mis argumentos mas apremiantes respondia siempre *ser eso la política*; y eso me hacia á mí recordar la famosa frase del pueblo de Madrid, el cual cuando se le estrecha, dice: “¡Pues ahí verá vd!” No habia, pues, medio posible de convencerle, y en consecuencia, á las pocas horas salí para Orizava, persuadido de que la ruptura de las conferencias era inevitable. En tal supuesto, pensé desde entonces el partido que deberia seguir cuando llegara el momento decisivo.

Cuatro soluciones se presentaban á mi consideracion: 1.^a entregarme á los franceses, yéndome con ellos: 2.^a, echarme á un lado y pedir nuevas instrucciones al gobierno: 3.^a, cerrar el paso á los franceses: 4.^a, reembarcarme con mis tropas. Ahora bien, señores, ¿cuál era la solucion mas conveniente á la personalidad del general Prim? Naturalmente la primera, pues iba á pelear con seguridad de vencer, y ademas, una vez en Méjico, la reina hubiera recompensado mis servicios con el tercer entorchado, al paso que el emperador de los franceses me habria honrado con la Legion de Honor y me hubiera hecho duque de Méjico, y á mi vuelta á España nadie habria podido disputarme la embajada de Paris. Tal era el cuadro seductor que se presentaba á mi vista yéndome con los franceses; pero eso no podia hacerse sin menoscabo de la buena fé y de la lealtad debida á mi patria, y por eso no titubeé en sacrificar mi orgullo, la amistad del emperador y mis sueños de gloria en aras de mi deber y de la independenciam de mi país.

Por otra parte, yo no podia perder de vista el compromi-

so contraido por España con Inglaterra y por las tres potencias con los Estados-Unidos, relativamente á no imponer á los mejicanos un gobierno que ellos no quisieran; y ya que de los Estados-Unidos hablo, permítaseme decir que son un gran pueblo, por mas que durante mucho tiempo se haya creído que no constituian sino una nacion de comerciantes. Yo creo que Europa puede estar hoy convencida de que no es así, pues he visto de cerca uno de sus ejércitos, el ejército del Potomac, mandado por el general MacClellan, compuesto de 110,000 hombres con 500 cañones, y puedo asegurar que está al nivel de cualquier otro ejército. Y no se crea que la lucha en que hoy está envuelta esa nacion la va á dejar exánime, pues aun separados los Estados del Sur de los del Norte siempre quedarán dos pueblos poderosos, tan amantes el uno como el otro de la doctrina de Monroe. Volviendo, empero, á lo que antes me ocupaba, digo que por las consideraciones espuestas, deseché la primera solucion y pasé á examinar la segunda.

Echarme á un lado y pedir nuevas instrucciones á mi gobierno, parecia lo mas sencillo; pero sin embargo, en la práctica era lo peor, pues de una solucion como esa podia surgir un conflicto entre los españoles y los franceses. Ademas, los mejicanos podian bloquear, ya que no tomar por la fuerza, el hospital de los franceses en Orizava, donde me hallaba yo, y esto tenia que hacer muy difícil mi situacion, porque careciendo de víveres, hubiera tenido que ir á buscarlos á Veracruz, pagándolos á inmenso precio. Si los franceses eran batidos, tenia que salir á su defensa, y ya estaba comprometido; y pidiendo instrucciones al gobierno, le creaba un conflicto, el cual tenia que resolver. Si el gobierno decia “vaya vd. en auxilio á los franceses,” y la órden llegaba cuando ya estos hubieran entrado á Méjico, era aquella una cosa inútil; al paso que si eran batidos, tenia yo que restablecer la campaña con malísimas condiciones. En fin, si el gobierno mandaba reembarcar las tropas estando ya los franceses en Méjico, el reembarque era ridículo, y si por lo contrario hubieran sido rechazados, no habria yo podido dejarlos comprometidos. Era, pues, mas noble y leal conservar al gobierno su libertad de accion, para que si era preciso sacrificara en bien de la patria á su plenipo-

tenciario en Méjico; y por lo tanto debía desechar y deseché, la segunda solucion de las cuatro que á mi vista se presentaban.

El tercer camino que yo podia seguir era el de cerrar el paso á los franceses hasta recibir órdenes de los gobiernos respectivos, y es verdad que esta solucion era la mas conforme con mi carácter belicoso: pero ni yo queria batirme con los soldados franceses, á quienes estimaba y estimo, ni me era permitido crear con la guerra en Orizava la guerra tal vez en los Pirineos. Y sin embargo, señores, aquella era la ocasion redonda para realizar mis planes de ambicion personal, si en efecto los hubiera abrigado; aquella era la ocasion de hacerme rey de Méjico, como tambien se me ha atribuido.

Esta idea que han oído mas de una vez los señores senadores, fué echada á volar por mi buen colega el Sr. de Saligny, no sin hacer algun efecto en Méjico, citándose en su apoyo el *Eco de Europa*, periódico cuyas tendencias no eran, sin embargo, ni mas ni menos que las de la política aliada. Verdad es que dicho periódico excitaba algunas sospechas por las alabanzas que hacia de mi persona, diciendo por ejemplo, que el conde de Reus era muy valeroso: pero ¡vaya una novedad! ¿Hay quién niegue al conde de Reus la cualidad de buen soldado? Si se le quita eso. ¿qué le queda? Decia ademas el *Eco de Europa* que el conde de Reus era entendido en negocios de guerra, y ademas hombre de carácter suave, y tambien que era liberal; ¡pero no era verdad todo eso?

Otra idea excita mas sospechas: la de que el conde de Reus, no sé en qué edad, hubiera sido un semi-dios, y que en la edad media habria creado una dinastía de reyes: pero, señores senadores, ¿se puede eso tomar en serio? La verdad es que el conde de Reus no ha tenido jamas semejantes ambiciones. Yo recuerdo lo que en cierta ocasion me dijo un augusto soberano, á propósito de ciertas miras ambiciosas que se atribuian á un elevado personaje. “Si los que nos hemos mecido en cuna de cien reyes, me decia, ápenas podemos sostenernos en los tronos, ¿qué han de hacer los que no se hallan en ese caso?”

Por lo demas, señores, si yo combatia la monarquía en Méjico por falta de monárquicos allí, ¿habia de creer que iba á encontrarlos para mi solo? ¡Ah! Yo soy español de pura raza, y no habria aceptado el trono aunque todos los mejicanos me lo hubieran ofrecido, prefiriendo á su brillo ser en mi país ingeniero general y senador del reino, y poder cual otro Carcía del Castañar, perseguir jabaliés en los montes de Toledo. La mejor prueba de que no abrigué la ambicion que se me ha atribuido, es haber despreciado la magnífica ocasion que se me ofreció para realizarla embistiendo á los franceses y haciéndome libertador de Méjico.

Desechada la tercera solucion, pensé en la cuarta y última, y pensé en ella muy detenidamente, conociendo como conocia la gravedad de mi resolución. Di conocimiento de ella al gobierno de S. M., y entretanto esperé la reunion de los comisarios para la celebracion de las conferencias. El 9 de Abril tuvo lugar la primera, cuya acta sacada *in extenso* basta por sí sola para que el Senado haya formado juicio exacto de los sucesos; pero como muchos hombres políticos no se han tomado el trabajo de examinarla, voy á leer algunos de sus principales párrafos. [Su señoría leyó].

Véase, pues, cómo las comisarios del emperador Napoleon, fuese porque obraran en virtud de órdenes de su gobierno, fuese [como yo creo mas bien] porque lo hicieran por autoridad propia, abandonaron la política aliada, resueltos á marchar haciendo política francesa; razon por la cual hicieron los aliados muy bien en reembarcar sus tropas, dejando á los ministros franceses por únicos responsables de sus actos. Y en verdad que su responsabilidad y la del gobierno que ha aprobado su conducta, es inmensa ante Dios y ante los hombres. En Méjico se derramará mucha sangre: los mejicanos verterán la suya en favor de su independencia, y Francia la de sus hijos por una quimera, pues aunque á costa de ella y de tesoros lleguen las tropas imperiales á entrar en la capital de la Republica, no por eso han de crear nada sólido ni digno del pueblo que representan. Ni alzarán una monarquía, ni siquiera consolidarán un gobierno de capricho.

La santa alianza hizo entrar en Paris á Luis XVIII,

ese monarca, aunque de sangre real, reinó con trabajo. Sucedíole Carlos X, y este, al poco tiempo, fué arrojado del sólio por sus mismos súbditos. Napoleon I coronó por su parte rey de España á su hermano José, y el trono de éste cayó derrocado á la primera campanada que anunció la ruina del primer imperio. Lo mismo pasó á Gerónimo Bonaparte en Wesfalia, y algo mas grave en Nápoles al bravo Murat, el cual murió fusilado. ¡Qué mas, señores? En Méjico mismo hubo un Iturbide, que fué estimado mientras se limitó á ser un gran ciudadano; pero ese Iturbide se hizo emperador, y acabó tambien en un suplicio. Tal es la historia, la triste historia de los reyes impuestos: téngalo presente el archiduque Maximiliano. Los franceses no poseerán en Méjico mas terreno que el que materialmente pisen, y al fin, mas pronto ó mas tarde, tendrán que abandonar aquel país, dejándolo mas perdido que lo estaba cuando á él llegaron.

Estoy fatigado, señor presidente; y si V. S. se sirviera suspender el debate, se lo agradeciera, pues podria mañana continuar mi discurso.

El señor PRESIDENTE: Estando para terminar las horas de reglamento, se suspende esta discusion, la cual continuará mañana.

SESION DEL DIA 11.

El señor conde de REUS: Siento, señores senadores, tener que ocuparme de una cuestion que hasta cierto punto empequeñece la principal que se debate; pero hay censuras ó murmuraciones que no pueden pasar desapercibidas. Si es verdad que una gota de veneno no puede destruir un cuerpo robusto, tambien lo es que esa gota debe lavarse, pues no haciéndolo así, podria traer la gangrena.

Háse dicho en voz baja si en la espedicion de Méjico se gastó mas ó menos. La intencion es conocida; pero no tengo nada que ver con lo gastado en la espedicion. La administracion es en los ejércitos la que recibe los fondos y los distribuye, y la que en su dia da cuenta á quien corresponde. El general en jefe dispone de esos fondos como cree mas conveniente al servicio; la administracion los dis-

tribuye, y el jefe á nadie absolutamente tiene que dar cuenta. De cien mil duros que tenia á mi disposicion, no gasté mas que 4,338; con esto quedan satisfechos los que en tal pequeñez se han ocupado.

Voy ahora á emprender la no fácil tarea de contestar al discurso del ministro imperial M. Billault pronunciado en la Asamblea legslativa de Francia. Los ataques que recibí fueron tan duros como poco circunspectos, siendo así que si los hombres públicos deben siempre guardar circunspeccion aun deben guardarla mas cuando son consejeros de la corona. M. Billault trató sin respeto ni consideracion alguna al general español plenipotenciario de la reina de España. ¡Creyó acaso que yo no le devolveria golpe por golpe, estocada por estocada? ¡Creyó que por estar á tanta altura podia disparar sobre mí los rayos que tuviese por conveniente? Se equivocó M. Billault, á quien voy á contestar ahora, no sin guardar la circunspeccion que él no tuvo por oportuno observar.

El ministro imperial empezó su discurso diciendo que el gobierno del emperador deseaba la ocasion de esplicar á la Asamblea y al país los asuntos de Méjico, los cuales, por error de unos, y por malquerer de otros, habian perturbado la opinion pública; pero ¡qué ha sucedido despues de haber hablado M. Billault? Que como antes lo habia hecho M. Jules Favre contando verdades, y diciendo cosas distintas de las que dijo M. Billault, la Francia no sabe todavia á qué atenerse respecto á lo que ha pasado en Mejico. Ciertamente es que el ministro se apoyó en documentos públicos oficiales; pero tambien lo es que están escritos par M. de Saligny y por M. de la Gravière, y qué, al referirse á documentos relativos al representante de la reina de España, no leyó lo que no le convenia, siendo como era, lo mas importante. Con dureza podria yo calificar tal sistema; pero me contento con decir que M. Billault no hizo bien.

El resultado de eso, repito, es que la opinion pública en Francia no sabe bien lo ocurrido en Méjico. Si el gobierno imperial deseaba que la opinion pública de su país estuviese bien enterada respecto al particular, debió adoptar el único y sencillo medio que han adoptado los gobiernos de Inglaterra y España: el de presentar al Parlamento todos los